

JORGE F. CATALANO



CHOPIN

EL ESPLENDOR DEL ROMANTICISMO

Primera Edición, 1985

Dibujo de Chopin por Carlos Clovis Díaz

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz- Bolivia

INDICE GENERAL

1 INTRODUCCIÓN

A mi esposa Consuelo y a mis hijos
Ana María, María Beatriz y Fernando David.

Nadie mejor que tú, amada familia,
para comprender mi silencio y el fruto de ese silencio.



INTRODUCCIÓN

Si alguien amó a su Patria, la cantó y enalteció con su obra, ese fue Federico Chopin. Pronunciar su nombre es principio de entrega, ofrecimiento y emotiva veneración a la Patria. La vida y obra del músico romántico son inseparables de la vida, peripecias y glorias del pueblo polaco.

Devolver la verdad a las reacciones del hombre, en su delicadeza como en sus exigencias; descubrirlo frente a los avatares de la vida, describir el por qué y cómo se desarrolló en él esa exquisita sensibilidad tan peculiar; penetrar dentro de sus reacciones en el medio ambiente que lo impulsó a recluírse en un intimismo — el más ardiente y recóndito de cuantos se conocen— es situarse frente al artista que solamente se descubre a través de su permanente diálogo con el piano.

Hablar de Federico Chopin —como cuando se trata de toda genialidad—, exige una triple visión simultánea del hombre, el músico y el poeta cuya vida y obra absorben hasta hacernos sufrir, pero también hasta regocijarnos con su grandeza. Quedará, no obstante, la sensación legítima de angustia frente al eterno sueño no logrado de Federico Chopin: la libertad, con todo y lo que ella representa para el músico, para su pueblo y para la humanidad.

Escuchar la música de Chopin es, en gran medida, aproximarse al universo intimista de su autor, esta sagrada intromisión deja la recompensa de la comunión con sus esencias y el compromiso de la exaltación de su imagen para las generaciones venideras.

El poeta es un mago que toma la realidad y la transfiere a las zonas más profundas de la sensibilidad humana. Federico Chopin habría tomado, sin vacilar, un fusil en sus manos para luchar al lado de Tytus Woyciechowski, Jan Matuzsynski, A. Cichowski y otros compañeros del Liceo por la libertad de su Patria, pero prefirió el exilio como símbolo de rechazo al despotismo. Lanzó su protesta y el mejor intérprete de ella fue su piano. Estrechó los límites de la poesía y la música hasta casi hacerlos desaparecer y logró, en su doliente mensaje, una nueva concepción musical que se resume en dos adjetivos jamás tan bien empleados para calificar a compositor alguno: músico-poeta.

El amor de Federico Chopin a los suyos queda probado en su correspondencia: ningún padre más amado que Nicolás Chopin, ninguna madre más venerada y elevada a la excelsitud que Mme. Justina. Y, pocas veces se han visto hermanos más unidos en el cariño. Cuando, en el transcurso del tiempo, Federico Chopin piensa en ellos, deja deslizar sus sentimientos en el piano y los convierte en sublimes melodías. La historia empieza en la infancia, cuando descubierta y entregada, la música se hace prisionera de Chopin que incorpora sus emociones al arte.

Aun contra los deseos de Józef Elsner, A. Mikiewicz o Stefan Witwicki, fue la obra para piano la que conquistó, ante el mundo, la fama del instrumento y la gloria de Federico Chopin. Mas, ¿qué habría sido de la obra del poeta de la música, de no haber mediado el autoexilio? Ciertamente, muchos genios se forjan en la soledad.

Antes de recorrer el velo para ingresar al mundo del arte concebido por el músico-poeta, es preciso aclarar algunos detalles utilizados en esta obra.

Por ser los actores centrales, se castellanizan los nombres de los miembros de la familia Chopin, no así los de los demás personajes. Los apellidos polacos cuya terminación llevan la vocal i, declinan, para el femenino, en la vocal a; por ejemplo, Bialoblocki se convierte en Bioloblocka. Tanto los nombres como apellidos polacos, europeos y los correspondientes a localidades están también, en su mayoría, castellanizados a fin de facilitar la lectura. El Índice de Personalía será útil para ampliar detalles respecto a cada una de las figuras que se desenvuelven en torno al músico-poeta.

En la versión de la correspondencia de F. Chopin, recopilada por Bronisław Edward Sydow, con la colaboración de Michel Raux Deledicque, se respetan tanto la traducción como la puntuación. De igual manera, se mantiene la numeración correlativa para el uso correcto de estas cartas. Es diferente el trato que se da a las cartas de George Sand.. recopiladas y ordenadas por Georges Lubin: se cuidó principalmente la traducción con el fin de evitar interpretaciones erróneas por las que fácilmente se caería en falsas apreciaciones. Se han cuidado también el sistema de numeración.. las fechas y datos indicados en ambas obras los que han sido verificados gracias a nuevos antecedentes y documentos facilitados por el Archivo Central de la Sociedad Federico Chopin, de Varsovia (Towarzystwo imienia Fryderyka Chopina).

Gran parte de la correspondencia escrita o recibida por el músico polaco está extraviada; la otra, como el caso de las cartas de George Sana a Federico Chopin —entre ellas otras cartas— ha sido quemada. Al regresar a Polonia, Luisa de Jedrzejewicz hizo un envoltorio de una parte de la correspondencia de su hermano y, evitando la censura de la frontera, a la espera de poder enviar por ellas tiempo después, dejó el paquete a una persona desconocida (1850). Años más tarde, en su recorrido por el mundo, Alejandro Dumas (h.), localizó estas cartas (Myslowitz, en Silesia) y las entregó a George Sand quien las quemó.

Se desconoce el paradero de la mayoría de las cartas de Solange de Clésinger a F. Chopin, a su madre y a sus amistades; las de Marie de Rozieres a F. Chopin, a George Sand y a Antoni Wodzinski; las cartas de George Sand a F. Chopin; las de F. Chopin a la condesa Delfina Potocka y las de George Sand a la condesa Charlotte Marliani (1847-1849); cartas que, en su mayoría, tuvieron por destino el fuego. ¿Fue esto una purificación? Hubo muchas otras cartas, como las de Jan Bialoblocki, Tytus Woyciechowski, Jan Matuszynski, Julian Fontana, Wojciech Grzymala, las hermanas Stirling-Erskine y las de otras amistades del mundo social europeo dirigidas a Federico Chopin, que no se conocen hasta hoy.

En varias oportunidades, se utilizan transcripciones de algunos biógrafos, debido a la falta de originales u obras especialmente dedicadas al tema abordado; en todo caso, se ha cuidado la veracidad de las mismas evitando el giro de leyenda. La extensión de las cartas obliga a que, en la mayoría de los casos, sólo se utilicen fragmentos de ellas. Las cartas in-extenso, se publican cuando éstas son de primordial importancia,

especialmente las de la época 1838-1847, a manera de respuesta al dicho —"Yo soy quien soy"—, de George Sand. (A Maurice Dudevant-Sand, -11-1855).

Para la clasificación de las obras de Federico Chopin, se ha tomado, como base, la presentada por Kazimierz Czekaj, agregándose otras desprendidas de la correspondencia del músico. Existe una edición francesa (1981) en tres volúmenes, de la correspondencia de Chopin, de la Revue Musicale con el sello editorial de Richard-Masse.

Expresamos nuestro reconocimiento a las entidades y personas que, en el transcurso de estos veinticinco años de labor, pusieron a nuestro alcance documentos y datos que hicieron posible continuar esta obra.

Towarzystwo imienia Fryderyka Chopina que, al abrir sus puertas, puso a nuestro alcance los archivos y la Biblioteca Central.

Sr. Wiktor Weinbaum; Presidente del Towarzystwo im. Fryderyka Chopina, por su invitación a Polonia en dos oportunidades lo que hizo posible nuestro estudio y por permitir que pernoctásemos en Zelazowa Wola.

Señorita Danuta Rycerz, jefe de la Oficina de Relaciones Culturales con el Extranjero, del Ministerio de Cultura y Bellas Artes, en Varsovia. Fue quien facilitó nuestras estadas en Polonia. Sus invitaciones nos permitieron conocer varias regiones de Polonia.

Señorita Hanna Wróblewska-Straus. La señorita Wróblewska tuvo para nosotros especial atención en proporcionar- nos los materiales de la Exposición Mundial permanente de obras y objetos que pertenecieran a Federico Chopin. Se preocupó, además, de hacernos llegar, constantemente.. nuevos datos folletos y recortes.

Señorita Teresa Dalila Turlo. Desde el secretariado del Towarzystwo im. F. Chopina la señorita Turlo se esmeró en relacionarnos con los estudiosos de la obra de Chopin y nos atendió en el X Concurso Internacional de Piano F. Chopin.

Revista Polska. Gracias al Sr. Ryszard Wasita, director de la Revista, tuvimos a nuestro alcance datos históricos que figuran en esta obra.

Señor Ryszard Jacoby. Su entusiasmo por esta obra se manifestó a diario preocupándose por poner a nuestro alcance valiosos materiales. Con él visitamos, entre otros lugares de importancia histórica, Lazienki, Wilanów, Stare-Miasto .y Powazki; este último lugar, reposo de Nicolás y Justina Chopin.

Diligentemente, en compañía de su esposa Alexandra, Jacoby tradujo varios párrafos de los biógrafos cuyas obras se publicaron solamente en idioma polaco.

Señor Boguslaw Gajdamowicz. Decidido colaborador de Ryszard Jacoby en la Agregaduría Cultural y Comercial de Polonia, en Bolivia. Sus conocimientos de la geografía polaca volvieron a demostrarse en nuestras excursiones por la Mazovla Central y la ciudad de Torun.

Señorita Martinne Gambard. Consulesa francesa, tuvo el cuidado de proporcionarnos el microfilm de la obra original" Lucrezia Floriani y varios documentos que sirvieron para esclarecer episodios de la historia de Francia durante la época de Chopin.

Sres. Thiery Saignes y Francis Pinot. Pusieron a nuestro alcance las novedades bibliográficas en torno a Federico Chopin y George Sand.

Señor Jean-Jacques Eigeldinger. Por sus aclaraciones en lo relativo a los alumnos y discípulos de Chopin.

Señor Paul Badura Skoda. Su sencillez es inolvidable, al igual que sus aclaraciones sobre la obra musical de Chopin.

Señor José Gisbert Vilaplana. Inquieto divulgador de la cultura, en Bolivia. Nos proporcionó obras que enriquecieron el Índice de Personalía.

Señor Oscar Rivera-Rodas. El dilecto amigo y poeta que con su constante aliento y consejo abrió, desde un comienzo, los cauces para la fluidez de esta obra.

Señor Raúl Rivadeneira Prada. Junto a Oscar Rivera-Rodas partícipe del silencio y la luz de Chopin en el tiempo.

Señor Manuel Morón Calderón. Poseedor de las llaves del santuario de la amistad y del compás que ha medido el tiempo durante este trabajo.

Este reconocimiento es extensivo a los investigadores, biógrafos y escritores quienes, con sus obras, intervinieron en la elaboración de este estudio.

JFC

DE MARAINVILLE A VARSOVIA

*Ante la mirada negligente de
Europa, Polonia ha sido borrada
del mapa.
Llegó la música y desgarró el
velo que ensombrecía la libertad.*

Si las fuerzas zaristas, prusianas y austriacas devastaron el territorio polaco, no fue menos lo que hicieron las napoleónicas. Pero, algunos años antes, en 1794, luego de más de diez meses de luchas sangrientas, las fuerzas patriotas de Kosciuszko fueron derrotadas en las tierras de Maciejowice. Iba a producirse, y se produjo el año 1795, el último reparto de territorio entre aquellas tres potencias que acabaron por borrar del mapa el nombre de Polonia. Stanislaw August Poniatowski, rey de estas tierras, abdicó, cerrando así un nuevo capítulo en la historia de Polonia. Las tropas de Suvorov dominaban por completo todo el territorio comprendido entre los ríos Bug y Niemen; Austria, por su parte, dominó los territorios comprendidos entre Bug y Pillica. Lo demás quedó bajo el dominio de Prusia; Varsovia y Cracovia quedaron así sojuzgadas y los ejércitos de los patriotas polacos destruidos; muchos de sus oficiales fueron desterrados a Siberia y los más *fusilados*.

El 8 de noviembre de 1794 le eran entregadas a Suvorov las llaves de la ciudad de Varsovia; pocos días después, el 25, el último representante de la generación de los Poniatowski, Stanislaw August 1, dejaba para siempre la corona del reino en Grodno 2.

Fiel a los ideales de sus antepasados, el pueblo polaco no dejó pasar mucho tiempo para reorganizarse y, años más tarde, con el nombre de Legiones Polacas, bajo el mando de Jan Henryk Dombrowski —que fuera, si no el primero, el mejor ayudante de Kosciuszko—, se organizó un nuevo y gran ejército cuya finalidad fue enseñar al mundo el valor del pueblo polaco y su derecho a la libertad. De esta manera, las Legiones Polacas llegaron a formar parte de los ejércitos franceses, corroborando los triunfos que, en otras partes, obtenía Napoleón. Roma, Nápoles y Magnano fueron doblegadas al impulso de estas Legiones, y Dombrowski, vistiendo el uniforme polaco, al igual que sus soldados, triunfaba por doquier, incluso en su enfrentamiento con el general Aleksander Suvorov, y llegó a establecer las nuevas repúblicas italianas. A fines de 1797, Dombrowski ingresó triunfante a Roma. En Europa es ya conocida la marcha polaca *jeszcze Polska nie umarla* 3, que luego se llamaría la Marcha Dombrowski.

Las Legiones Polacas van en aumento, primero con cinco mil hombres, y luego con quince mil, que no tardan en llegar a los cincuenta mil 4; en su lucha tenaz, le recuerdan al mundo, constantemente, el derecho a su libertad, y a Napoleón, el interés que pareció haber demostrado por ellos un día. Polonia no olvidaba las palabras de Bonaparte que, en febrero de 1791, había levantado el ánimo del pueblo en una vibrante proclama por la que incitaba a continuar la búsqueda de la libertad, con estas palabras:

*Venid, corred a nuestro lado, ¡Oh polacos! os acogeremos
como hermanos. Tendréis siempre con nosotros
una patria común, hasta que la suerte quiera, acaso
muy pronto, que tengáis ocasión de volver a vuestros
hogares, de estrechar gozozos, contra vuestros pechos,
a vuestras familias, de reedificar victoriosos, vuestra República 5.*

Las Legiones se ven ahora, una parte con Dombrowski a la cabeza; y, otra, llamada la Legión del Danubio, al mando de Karol Kniaziewicz. El primero, hace capitular a Mantua; el segundo, a Hohenlinden. Meses después, ambos formaban parte de la campaña francesa en Egipto.

Polonia buscaba afanosamente la restitución de su nombre y su libertad y por eso luchaba más, pero estas luchas fueron insuficientes: en virtud del Tratado de Luneville, firmado el 9 de febrero de 1801, Rusia y Austria conseguían, del emperador Napoleón, que el nombre de Legiones Polacas no volviese a figurar en los cuadros del ejército francés. La Patria común, que años atrás ofreciera Bonaparte a los polacos, se convertía en un revés. Kniaziewicz, el héroe de Magnano, prefirió romper su espada antes que servir de mercenario; Dombrowski, al igual que muchos capitanes y oficiales, no había luchado por la paga; la mayoría de ellos se esfumó en varias regiones de Francia, especialmente en las fronteras, a la espera del momento propicio. Sin embargo, Napoleón, hábil político, no quiso enfrentarse de lleno a los justos reclamos que pudieran elevar los polacos; de tal manera, que se sirvió del pretexto del levantamiento de los negros en la isla de Santo Domingo, para conseguir nuevamente el apoyo de aquéllos, recordándoles que la liberación se aproximaba. Allí están, pues, bajo el mando del general Leclerc, cinco mil polacos desembarcando en Santo Domingo, donde la mayoría sería aniquilada por el paludismo.

Pero la historia sigue su curso. A la muerte de Pawel I, le sucede en el trono Aleksander I como zar de todas las Rusias; momentáneamente, aquello pareció aflojar las duras condiciones que imponía Rusia a Polonia. El zar vio por conveniente designar a un polaco como Ministro de Asuntos Extranjeros y, ¿quién mejor —según sus intenciones— que el príncipe Adam Czartoryski al que, además, llamó a su lado como consejero? Este nombramiento resultó beneficioso para el pueblo polaco que empezó a respirar un aire de mayor libertad, tanto en la vida común como en las escuelas; cesaron las persecuciones que se sucedieran

indiscriminadamente desde la época de Pawel I. También la Iglesia Católica dejó de ser perseguida y volvió a darse instrucción religiosa en los colegios.

En uso de sus derechos, como polaco, y conociendo íntimamente las necesidades de su Patria, Czartoryski buscó el apoyo de Aleksander I para combatir contra Prusia, recuperar los territorios perdidos y nombrarlo rey de Polonia. El zar acogió la idea; incluso se llevó a cabo una conferencia de los representantes polacos de Prusia y Austria, en las propiedades de Czartoryski, en Pulawy. Falto de seguridad y convicción, no obstante estar de acuerdo, Aleksander I se entrevistó en Potsdam con el rey de Prusia y renovó alianzas. El fracaso de este plan hizo que Polonia volviera, nuevamente, los ojos hacia Francia; Czartoryski presentó dimisión de sus cargos y se retiró a la vida privada.

En 1805, conquistados muchos triunfos en un sinnúmero de batallas, Bonaparte es emperador de los franceses. Kosciuszko comprende que las esperanzas no han muerto, y se dirige a París donde sondea a Napoleón; similar decisión toman en Berlín los capitanes Dombrowski y Wibicki. Renacían allí las esperanzas de libertad del pueblo polaco que, inquieto, escuchaba las proclamas que día a día alimentaban su ardor patriótico; organizaban grupos cada vez mayores que se reunían en varias regiones de la sojuzgada Patria.

Las fuerzas del mariscal Davout, que representan una importante parte del poder de Napoleón, hacen su ingreso triunfal en Poznan; Dombrowski, a la cabeza de las reconstruidas Legiones Polacas, formadas en gran parte por aquéllos que prefirieron dejar el uniforme antes que ir a servir en Santo Domingo, avasallaba Tizew, Grandenz, Kolobrzeg, Kolberg y, finalmente, el 26 de mayo de 1807, remataba este trajín guerrero con la capitulación de Dantzig 6.

El 13 de junio del mismo año, con la victoria de Friedland, Napoleón se hacía dueño de toda Prusia. Volvía a abrirse el horizonte de la libertad para Polonia, pero los años transcurridos bajo la constante división de su territorio habían dejado sus huellas. Esa división sirvió no sólo para aumentar el sentimiento regionalista de sus pobladores, sino para dividirlos ideológicamente: así, por ejemplo, el príncipe Czartoryski, retirado a sus dominios, en Pulawy, mantenía aún lealtad a Aleksander I; Dombrowski, a quien seguían los campesinos y parte de la burguesía, veía el futuro de la Patria en la nobleza; por otra parte, la aristocracia era la menos interesada en participar de las luchas por la libertad, y parecía que la buscaba a su modo o simplemente esperaba que llegara; sin embargo, en un momento dado, la mayor parte del pueblo polaco vio en Napoleón a un intruso 7 más que a un hijo de la revolución.

Conocedor de estas divisiones en el pueblo, Napoleón exhorta:

Si los sacerdotes, los nobles, los burgueses quieren
hacer causa común y toman la firme resolución de triunfar
o morir, desde ahora les presagio que triunfarán 8.

Como el triunfo del ejército francés en Friedland daba a Napoleón el derecho de regir los destinos de gran parte de Europa, con ese derecho y con esa libertad hace su ingreso a Varsovia, donde es recibido por aquella aristocracia que lo tildó de intruso; más aún, una noche, Talleyrand, príncipe de Benevento, ofrece un baile a la nobleza polaca: asiste Napoleón, y conoce a María Walewska.

El 8 de julio de 1807 se reunían en Tilsit Napoleón Bonaparte y Aleksander I. Los temas principalmente discutidos se referían a la reducción de Prusia y a la liberación de Polonia. Este tratado, que se conoce con el nombre de Tilsit, concede a Polonia el Gran Ducado de Varsovia. El nombre de Polonia continuaba borrado del mapa, mientras el Gran Ducado se dividía en seis departamentos: Varsovia, Poznan, Kalisz, Lomza y Bydgozcz, mientras Dantzig era declarada ciudad libre, Esta situación fue pronto comprendida por los polacos como una falsa libertad que les resultaba costosa, pues sentían el agobiante peso de su sometimiento al emperador, que tenía entonces más de cincuenta mil soldados polacos en sus filas, la mayoría de los cuales, por una parte, debían apoyar a Joseph Bonaparte en la conquista del trono de Madrid y, por otra, constituían la guardia personal, al mando de Wincenty Krasinski, que sirvió de escolta a Napoleón Bonaparte en su retorno a París; además de que un tercer grupo formaba parte de la guardia personal de Jerome Bonaparte, entonces rey de Westfalia.

Las luchas se suceden en la conmocionada Europa. El 19 de abril de 1809, Poniatowski defiende Varsovia de la invasión austriaca. Al mando de ocho mil hombres, contra sesenta mil, no obstante sufrir serias bajas en la batalla de Raszyn, Poniatowski consigue la libertad y el engrandecimiento del Gran Ducado de Varsovia, reconquista al mismo tiempo territorios que otrora pertenecieran a la Patria: Lwow, Krakow y otras poblaciones pequeñas. La toma de Cracovia fue la llamada de atención para Aleksander I, que vio en el hecho el engrandecimiento de un territorio que más parecía pertenecer al Gran Corso que a él. En octubre, Napoleón I había reconocido, como parte integrante del *Gran Ducado de Varsovia*, los territorios de Radom, Kielce, Lublin, Zamosc y Krakow. El tratado de Wilna está a punto de quebrarse: o Polonia o Rusia.

Napoleón no consiente esta alternativa: prepara nuevamente sus tropas. Las cancillerías trabajan activamente. Valiéndose del círculo ruso que rodea al príncipe Czartoryski, Aleksander I trata de ganar el apoyo polaco, mas no lo consigue; en cambio Napoleón lanza una nueva proclama el 12 de junio de 1812: la segunda guerra de Polonia iba a empezar 9. Las fuerzas napoleónicas se muestran superiores, es ya ineludible una nueva guerra; Napoleón ha decidido, aunque tardíamente, hacer de Polonia una patria libre.

La suerte está echada. El ejército polaco, que sobrepasa los cien mil hombres 10, se lanza a la guerra apoyando a las fuerzas del emperador quien, el 10 de diciembre de 1812, ya derrotado, se encontraba en la ciudad de Varsovia reconociendo su error 11.

Al año siguiente, el 19 de octubre, en un intento de cubrir la retirada de las tropas francesas, remanentes del fracaso napoleónico, Poniatowski, al caer herido, prefirió arrojar a las aguas del Elster antes que entregarse prisionero.

Los ejércitos rusos empezaron a dominar la mayor parte del territorio polaco; el zar Aleksander I, único emperador ahora, observa que el ejército polaco disperso es aún una fuerza que podría serle útil, si él lo llegara a comandar, como oportunamente lo había hecho Napoleón; era preferible acoger aquel ejército antes que dejarlo disperso a su suerte, con la posibilidad de que más tarde se reuniese nuevamente y lo golpeará por la espalda.

Entonces se reunió el Congreso de Viena para solucionar los problemas surgidos de esta última guerra; estuvieron allí el zar Aleksander I, el rey de Prusia, el plenipotenciario inglés lord Castlereagh, que representaba a Louis XVIII, actual soberano de Francia; también estuvo allí Talleyrand. Las discusiones se sucedieron durante todo el año. En Polonia reinaba el Gran Duque Konstanty Pawlowitz.

Por intermedio de su representante Metternich, Austria insiste en que Polonia sea sometida nuevamente al tratado de 1791. Por su parte, Inglaterra, Francia y Austria firman un tratado de ofensiva, mientras los demás países europeos tienen la mirada fija y atenta a cuanto ocurre en el Congreso de Viena.

El 9 de junio 1815, se registra el acta final. Ante el consentimiento de las representaciones europeas presentes, Rusia, Austria, Prusia, Inglaterra, Suecia, España y Portugal el territorio polaco queda dividido en cuatro partes: Rusia se queda con el Gran Ducado de *Varsovia*, Prusia logra el Gran Ducado de Poznan; Austria recupera lo perdido en 1809 bajo el nombre de Reino de Galicia y Lodomeria, y de Polonia queda tan sólo la ciudad de Cracovia, primera capital, a la cual se adjuntan pequeños territorios a la orilla izquierda del Vístula y se conviene en que este territorio es estrictamente neutral, que ningún país podrá intervenir en sus asuntos, pero estará bajo la protección continua de Rusia, Austria y Prusia.

Entonces se inicia la nueva lucha del pueblo polaco, despiadadamente desmembrado y gobernado por el hermano de zar. El Gran Duque Konstanty tomó como principal consejero no a un polaco, como lo hiciera Aleksander I, sino a un senador ruso: Mikolai Novosiltsov quien, feroz, cauteloso e inmoral se avino a cumplir al pie de la letra las intenciones del Gran Duque; intenciones que no eran otras que gobernar el pueblo a la rusa, dando comienzo a una persecución cruel, desatando una época de terror y barbarie que se estrelló principalmente contra el clero y los intelectuales.

Nicolás Chopin había tenido la oportunidad de conocer a fondo los acontecimientos acaecidos no sólo en Polonia sino en toda Europa. Concluidos sus estudios medios, abandonó su país natal en busca de mejor suerte. Había nacido en Marainville, población de Lorena en el medio oriente francés, el 15 de abril de 1771. Pero, ¿por qué, adolescente aún, escogió Polonia? Esta pregunta puede responderse fácilmente, si se tiene en cuenta que la relación política entre Francia y Polonia, como se vio a través de la historia, hizo que mantuviesen estrechas relaciones con Lorena que, por otra parte, había tenido la oportunidad de estar regida por el rey polaco Stanislaw Leszczyński, yerno de Louis XV, entonces rey de Francia. La colonia polaca se asentó en Lorena con sus conocimientos y costumbres, Nicolás debió interesarse y hacer amistades que lo llevaron a pensar, en el momento oportuno, en que su futuro estaba ya señalado.

La Varsovia de 1787 tuvo para Nicolás Chopin sólo la representación de un cambio de ambiente y de paisaje; si bien no hablaba perfectamente el polaco, había aprendido lo suficiente como para dejarse entender por los moradores de su patria accidental. Es probable que entre sus amistades hubiese conseguido anticipadamente un trabajo fijo y regularmente remunerado; en efecto, fue el señor Weydlich, rico terrateniente de Marainville y amigo de François Chopin, quien lo recibió bajo su techo y le dio el empleo de cajero-contador en su fábrica de tabacos en Varsovia. Con el ardor de la sangre juvenil, en la primavera del noventa y cuatro se hallaba enrolado en las tropas comandadas por Kosciuszko. Ya se conoce cómo, luego de diez meses de cruenta lucha, el ejército polaco cayó vencido y que al finalizar el año 1795 se firmaba el convenio de la nueva desmembración de Polonia, dando lugar al llamado tercer reparto.

Nicolás había quedado sin trabajo. La fábrica cerró sus puertas bajo el nuevo régimen ruso-zarista; pero Nicolás Chopin no era de los que se queda con los brazos cruzados; su perfecto conocimiento del francés y el constante ejercicio del idioma polaco le sirvieron para ser aceptado como preceptor de francés en algunas casas de la alta sociedad. Es indudable que la honradez y devoción con que desempeñó sus obligaciones, como resultado de una base familiar bien cimentada, le permitieron muy pronto ser conocido en los círculos de la aristocracia varsovia.

Como francés, era amante de la política; cuando algún alumno le preguntaba sobre los acontecimientos de la Revolución Francesa, nunca evadía las preguntas y explicaba los desastres ocasionados por esta revolución. No demostró inclinación favorable o negativa hacia los hechos, pero sí, estaba al tanto de cuanto ocurría; conservaba fechas y detalles: la destrucción de hogares, el exilio voluntario al que se habían sometido aquellos que vieron las cabezas amigas en lo alto de las picotas o las que rodaron bajo la guillotina; esta fue suficiente experiencia para que, muy moderadamente, explicase los hechos. Sus compatriotas no habían hecho lo mismo; al contrario, no encubrieron ningún detalle de cuanto les había ocurrido. En un comienzo la curiosidad pudo más que la educación misma de los hijos en las familias polacas, pero, muy pronto, aquellos franceses que tenían el monopolio de la enseñanza del idioma fueron desplazados. Ya no era importante que el nuevo preceptor, en este caso Nicolás Chopin, conociese los detalles de aquella historia y, ante todo, fuese de origen noble, pues la gran mayoría de ellos guardaba rencor por las fatídicas horas pasadas en la patria, y, lógicamente, no podía evitar hablar de ello en toda ocasión posible.

En este aspecto, Nicolás Chopin fue cauteloso, aunque no olvidaba la realidad. Es posible que esta actitud le valiera ser preceptor de los hijos de Mme. Laczynska, uno de ellos Maria, que pasaría a la historia bajo el nombre de Maria Walewska.. Algo más de seis años trabajó Nicolás Chopin en el castillo de Laczynski y, al concluir la educación de Mana y su hermanó, se vio obligado a dejar la familia; durante aquel tiempo, había demostrado superabundantemente sus cualidades de preceptor honrado y capaz. En señal de

agradecimiento, Mme. Laczynska se ocupó de recomendarlo a una familia amiga: la de Ludwika Fenfer, condesa de Skarbek, madre de cinco hijos.

La pintoresca y rica región de Mazovia, situada casi en el corazón de Polonia, se destaca por sus extensas llanuras irrigadas por el Vístula y sus afluentes. El cielo azul de estas zonas hace resaltar el paisaje mazoviano cubierto de un verde intenso en sus plantaciones de mentales, de un verde grisáceo en sus trigales y verdes multicolores en sus pequeños bosques; tal parecería que aquellos verdes, como símbolo de esperanza, jugasen en la paleta eterna del pintor romántico. El paisaje mazoviano contrasta con el verde terroso del maciso montañoso de Tatra que representa los más bellos cuadros del territorio de los Cárpatos.

Fijando la mirada en un punto determinado sobre esa inmensa Mazovia, es fácil llegar a confundirse, con un íntimo sentimiento, de cuanto sólo aquella naturaleza puede ofrecer: Zelazowa Wola, población apenas distante de Varsovia. Los sauces graciosamente coronados por espeso ramaje, bordean los caminos, las chozas y casas campestres. Al volver la mirada a otro punto, se admira la belleza del sauce llorón que besa con sus largas ramas las aguas del Utrata o, más allá, las de murmurante Bzura.

Cuando el invierno se asienta en Mazovia, aquel paisaje se convierte en un enorme campo blanco donde ha quedado, como único testigo, el sacrificio de sus pobladores que escuchan aún el rumor de pisadas marciales: Blanco y rojo, el emblema: jeszcze Polska nie umarla, el himno.

La condesa Ludwika Fenfer de Skarbek vivía en su terruño de Zelazowa Wola, a cincuenta y cuatro kilómetros de Varsovia. Distanciada de su esposo, se había retirado de la vida mundana y dedicado a la atención de sus hijos. Nicolás aceptó el nuevo empleo. De esta manera se definió, una vez más, su disposición de prolongar su estada en Polonia. Varias veces quiso regresar a su tierra natal, pero su salud no se lo permitía. Desde joven sufrió fuertes resfriados que, no atendidos, acabaron por provocarle una afección pulmonar que nunca le abandonaría; además, Nicolás Chopin soslayaba el retorno a su país a fin de evitar la obligación militar francesa, a la que luego, voluntariamente, se sometería en Polonia. Tenía, al escribir esta carta, 19 años:

Mi querido padre y mi querida madre.

En la incertidumbre en que me hallo de que no habéis recibido mis cartas.. sólo os escribo dos palabras para informarme sobre el estado de vuestra salud y probaros mi respeto y mi cariño. Han pasado dos años sin que haya recibido noticias vuestras, no sé a qué atribuirlo, sin embargo.. queridos padres, mi alejamiento no hace más que aumentar mi respeto hacia vosotros haciéndome conocer la felicidad de que estoy privado al estar tanto tiempo sin veros y sin recibir ninguna noticia vuestra. La señora Weydlich os ha escrito también varias cartas encomendándoos de informarnos acerca de sus asuntos en Estrasburgo a las que no habéis respondido. Os diré que sabemos que el señor Malard ha sido pagado pero que ignoramos si recibió el dinero para los deudores. Como los asuntos con el señor conde Pac aun no han terminado y que pide le rindan cuenta de la tierra de Marainville hace que estaba a punto de partir para Estrasburgo para terminar los dichos asuntos a nombre del señor Weydlich. Pero como supimos que la Francia aun no estaba tranquila por las revoluciones que se padecieron allá motivó que mi viaje se demorara aunque sin embargo creo poder partir dentro de poco porque el señor Weydlich ya arregló con un banquero que no ha de tardar en salir para Francia. Sin embargo antes que parta os ruego informarme si la milicia no es más estricta que antes porque nos han dicho que todos los jóvenes desde los dieciocho años ya son todos soldados lo que sentimos curiosidad por saber porque al estar en tierra extraña como lo estoy y donde puedo abrirme camino me costará mucho abandonarla para volverme soldado aunque en mi patria he visto que el señor Weydlich me ha demostrado tantas bondades por lo que preveo un feliz Porvenir. Os ruego pues mis queridos Padres de darme respuesta lo más pronto posible para que pueda partir con seguridad y gozar de la felicidad de veros como a todos mis queridos parientes. Tengo el honor de quedar con el más profundo respeto.

Querido Padre y Querida Madre
de vuestros hijos el muy
humilde y muy obediente
N. Chopin 14.

Treinta y un años contaba Nicolás Chopin cuando llegó al castillo de Zelazowa Wola. La condesa lo recibió apoyada en la confianza de Mme. Laczynska y se ocupó de que se le diera al nuevo preceptor una de las habitaciones en el castillo; asimismo, la condesa no tuvo inconveniente en sentarlo a su propia mesa.

En el mismo castillo vivía, desde hacía algún tiempo, como ama de llaves, Justina Krzyzanowska 15, mujer descendiente de familia de abolengo que a su vez, formaba parte de una de las ramas genealógicas de la condesa Skarbek 16. Justina gozaba de plena confianza y atendía a los cinco niños, inclusive a Fryderyk, el mayor de todos. Una pintura existente en el palacio Krasinski, copia que se ve también en la parroquia de Brochow, representa a Justina, como una mujer sencilla, de rostro menudo, expresión bondadosa bajo delicadas facciones, cejas bien delineadas y ojos almendrados, claros y oscuros. En esta mirada resalta un antiguo mundo de sufrimientos.

En el castillo de Zelazowa Wola la vida transcurría con esa alegre lentitud acostumbrada en el campo; la condesa continuó dedicada a sus labores de hacendada y ama de casa, colaborada por su ama de llaves. Nicolás, por su parte, puso en vigor sus planes de enseñanza que no se limitaban a dictar lecciones de habitación. En paseos por los jardines, próximos o lejanos, los niños descubrieron los secretos de la naturaleza y aprendieron a reconocerlos. Se refrescaban a la sombra de los castaños y sauces que crecían a orillas del Utrata, río tan cercano a la casa, y, al concluir el día, luego de la cena, aprendían a gustar de la música: Nicolás tocaba el violín y la flauta. Es probable que a estos breves conciertos, sencillos, íntimos y familiares, se uniese Justina, que tocaba bastante bien el clave y poseía buena voz.

Conocedor de los secretos y encantos de la naturaleza, Nicolás Chopin vivió la filosofía de J.J. Rousseau, como preceptor manejó a sus nuevos alumnos con una abierta inclinación hacia lo natural, daba libertad al desarrollo del cuerpo, pero les obligaba a tener el espíritu bajo el influjo del ambiente natural. La naturaleza era su religión, y fue esta la que inculcó a sus pupilos. Así, los paseos por el campo, animaron a los muchachos que paulatinamente vieron en Nicolás Chopin al compañero que les faltaba. Depositaron en él su confianza y, finalmente, se hicieron amigos.

Durante la guerra, ya pasada, el joven preceptor había llegado a conocer más a fondo la historia de la tierra que lo acogía; es más, como había luchado por ella, le tomó afecto y se mantuvo al tanto de cuanto sucedía en ella, aunque particularmente no discutía sobre política, dejaba los acontecimientos al paso del tiempo. Su sabiduría y prudencia al respecto, le valieron de mucho; fue esta prudencia la que también contagió a sus pequeños alumnos 17.

A poco de empezar Nicolás Chopin su labor en el castillo de la condesa Skarbek, era asesinado Pawel I, emperador de Rusia, y subía al trono su hijo, como Aleksander I. Nicolás vio en silencio cómo el mismo zar, ahora rey de Polonia, designaba como su principal consejero al príncipe Adan Czartoryski, quien logró algunas libertades para Polonia y, especialmente, que se suspendieran las persecuciones contra la Iglesia y la cultura.

En 1805, renacieron las letras y las artes; se creó el Liceo Modelo, bajo la dirección de Tadeusz Czaski. También vio Nicolás Chopin cómo las masas volvían a reunirse en torno a Kosciuszko, para levantarse contra Aleksander I y buscar nuevamente apoyo en Napoleón Bonaparte; cómo, poco después, Kosciuszko se retiraba a la vida privada al no lograr sus objetivos. Nicolás Chopin tenía sus propias ideas de lo que significaba Napoleón Bonaparte para Polonia: las Legiones Polacas habían luchado en varios puntos de Europa, llenándose de gloria compartida por los regimientos franceses.

Con solicitud, esmero y afecto, Nicolás Chopin continuó el desempeño de su labor, mientras la vida de los moradores del castillo transcurría como si aquello fuese un solo hogar.

Pronto, la condesa advirtió que entre Nicolás y Justina nacía un mutuo afecto. Pasaron cuatro inviernos y cuatro primaveras, tiempo durante el cual los hijos de la condesa habían aprendido más de cuanto ella esperaba. Fryderyk, el hijo mayor, cumplió los catorce años y se perfilaba como varón que continuaría con interés los compromisos a que le obligaba el mantenimiento del condado. Los otros cuatro, pequeños aún, continuaron edificando sobre los cimientos que les dejaba su preceptor.

La llaneza que concedió Ludwika Fenfer de Skarbek a Nicolás Chopin y a Justina Krzyzanowska se fue convirtiendo, paulatinamente, en la confianza que sólo suele tenerse en el seno de una familia. Los minutos de la sobremesa nocturna se alargaban y se convertían en prolongadas conversaciones no sólo en torno a las faenas campestres, sino en lo relativo a cuestiones culturales; esto afianzó la seguridad, por parte de la condesa, la enseñanza de sus hijos no podía estar en mejores manos. Nicolás Chopin se sentía satisfecho. Cuando llegaba alguna fiesta, la celebraban juntos y con algunas visitas que no faltaban, llegadas principalmente de Varsovia. Aquellas reuniones parecían más hogareñas que protocolares; la presencia de Nicolás Chopin se hacía imprescindible. Llegada la hora de la música, era solicitada la presencia de Justina.

Cuando Justina, portadora de las llaves de los medicamentos, era llamada por la condesa para atender a algún labrador, Nicolás Chopin se ofrecía para acompañarla y lo hacía con la satisfacción del hombre que se sabe amado. La inteligencia de Nicolás Chopin, su amplia cultura, la responsabilidad y esmero con que atendía sus obligaciones, hicieron que la condesa le confiase, además de las obligaciones de preceptor, el cuidado de la contabilidad en los asuntos de la hacienda. Mujer solícita y reservada en sus compromisos, la condesa Skarbek volcaba enteramente en él su confianza. Este hecho demuestra que, si el profesor hubiese querido retirarse de la casa, la condesa no lo habría permitido. Por aquel entonces, Nicolás Chopin era considerado más polaco que francés; él mismo debió sentirlo al ampliar su vocabulario con Justina. Pensó radicarse definitivamente en Polonia. Adoptaría a este país como su nueva patria.

Pronto, este estado de cosas se fue apurando. La condesa era lo suficientemente inteligente como para advertir y comprender la situación que se le presentaba; Nicolás le expresó sus intenciones de matrimonio con Justina y obtuvo su autorización. Los preparativos pusieron en actividad al castillo, y la ceremonia se

realizó en la Parroquia de Brochow. Fue un acto sencillo; Nicolás Chopin tenía entonces 35 años, y Justina Krzyanowska, 22. Así lo registró en los libros de la Parroquia el 2 de junio de 1806, el Reverendo Duchnowski.

Los recién casados se instalaron en el ala izquierda del castillo, en las habitaciones que la condesa había mandado preparar para ellos. Se acomodaron con unos pocos muebles. Él se encargó de colocar cuidadosamente los pequeños adornos que guardaba; recuerdos de sus padres y de los viajes realizados en su juventud. Ella dio el toque final, aquel que suele dar una mujer a lo que será su nido de amor. Ambos continuaron normalmente su trabajo en el castillo. Los hijos de la condesa solían visitarlos y alegrar, con su bullicio, aquellas habitaciones en las que resonaba el eco por la vacuidad en que se encontraban. Fryderyk, el hijo mayor de los Skarbek, dejó la casa materna y partió a Varsovia a rendir sus exámenes de ingreso en el Liceo que entonces estaba dirigido por Samuel Linde. Poco después, el estado de guerra y los triunfos de Dombrowski obligaron a la condesa Skarbek a trasladarse a su casa en Varsovia con sus hijos y la joven pareja Chopin que esperaba su primer vástago.

En varias oportunidades, la condesa había recibido la visita de Linde, reconocido como ilustre personaje por sus méritos. Los círculos intelectuales acogían a Linde con el respeto que merece una persona no sólo por su prestigio sino por sus conocimientos; merced a su capacidad, había logrado la rectoría del Liceo y en esa época trabajaba en una obra de gran aliento que llamó *Diccionario del Idioma Polaco*, de tal extensión, que llegó a los seis volúmenes. El dominio que Linde poseía del idioma polaco y del alemán le permitió traducir *El Regreso del Diputado*, obra de indudable valor literario de Niemcewicz. Había algo más que hacía de Linde una persona agradable en todo ambiente: su conocimiento de las ciencias que se impartían en el Liceo. Años más tarde, en 1817, llegó a ser catedrático de la Universidad de Varsovia 18.

Al comenzar la primavera, el 6 de abril de 1807, una niña robusta, de ojos y cabellos oscuros, alegraba el hogar de los Chopin; fue bautizada con el nombre de Luisa.

Los fines de semana seguían activos debido a las visitas que recibía la condesa en su casa de Varsovia; Linde asistía con gran frecuencia, gustaba de la conversación de la condesa y de los conocimientos, sencillez y franqueza de Nicolás Chopin. Pronto encontró en él al hombre que podría colaborarle; le ofreció recíproco como instructor en el Liceo. La oferta era tentadora, pero a Nicolás no le fue muy fácil decidirse. Por esta vez, pospuso su respuesta.

A mediados de este mismo año de 1807, las fuerzas napoleónicas arrasaban Europa. El torbellino de la guerra se había desatado hasta lograr la victoria en la batalla de Friedland. El Tratado de Tilsit daba un fin parcial y dudoso a la situación polaca; Napoleón rompía con Berlín y Aleksander I sacrificaba a Prusia dejándole apenas el nombre 19. Napoleón crea el llamado *Gran Ducado de Varsovia*, y a este Gran Ducado pertenecía Zelazowa Wola, cuyo camino central era paso obligado a Varsovia. En el transcurso de este año y de los tres sucesivos, pasaron por los campos de Mazovia los ejércitos napoleónicos, engrosados por más de cien mil soldados polacos 20.

Las libertades concedidas al *Gran Ducado de Varsovia*, cuya superficie era de cien mil kilómetros cuadrados, con casi dos millones y medio de habitantes 21, sirvieron para demostrar al mundo hasta qué punto el pueblo polaco era capaz; se reorganizan la industria y los oficios; el comercio y la industria reciben apoyo para su desarrollo. La educación está dirigida por Stanislaw Potocki, quien eleva las libertades de enseñanza y culto, especialmente para la niñez y la juventud, a un nivel no logrado hasta entonces; pero, muy caro habría de pagar Polonia la buena independencia de sus cien mil kilómetros cuadrados; Napoleón la agobia con infinidad de imposiciones. Polonia se halla "faltamente encadenada a los destinos de Napoleón, preciso es que triunfe o se hunda con él" 22. Se diría que estas palabras fueron anticipadas en la mente de Nicolás Chopin, quien no dejaba de ver en el emperador de su patria de origen al *intruso* de su patria adoptiva.

Para los moradores de la hacienda de los Skarbek, la vida continuaba su rutina. La sola variante se sucitaba con el constante tránsito de las tropas entre la capital y el pequeño poblado de Zelazowa Wola. Las huestes napoleónicas, prosiguiendo su avance, llegaban a Viena arrasándola, y, en dicha ciudad, el 31 de mayo de 1809, fallecía Haydn, sufriendo en sus oídos el tronar de los cañones. Vuelta la paz en Mazovia, la familia Skarbek y Chopin, regresaron a Zelazowa Wola.

Mediaba el invierno de 1809-1810 cuando Mme. Justina comunicaba a Nicolás la necesidad de aumentar los ingresos, en vista de los crecientes gastos de la familia, y, la ya anunciada espera de un nuevo vástago. En efecto, Nicolás se preocupó, recordó las conversaciones sostenidas con Linde a este respecto, habló con la condesa, pero vio por conveniente esperar el advenimiento del nuevo descendiente.

A principios de 1810, Zelazowa Wola era casi un campo abierto. Pocas casas campestres rodeaban el castillo de los Skarbek, que data del siglo XVI 23. Consistía el castillo de un edificio central y de dos laterales: el ala izquierda y el ala derecha.

Las alegrías del carnaval resonaban en la aldea. La nieve cubría las extensas llanuras de Mazovia, mimetizando con su blanco manto los leves promontorios y lomas en los que podían reconocerse los castaños y sauces casi sin nieve, anunciando ya la primavera. Más que en la ciudad, en el campo, el pueblo polaco suele aprovechar de las fiestas del calendario para concertar compromisos y matrimonios. Esa tarde del 22 de febrero de 1810 se celebraba un matrimonio en las cercanías del castillo; música y jolgorio reinaban en el ambiente, mientras en casa de los Chopin venía al mundo otra criatura, un varón que contrastaba con su hermana por ser muy pequeño, casi diminuto; en su cabeza raleaban cabellos rubios, su tez era blanca, y sus ojos podían adivinarse semiobscuros. En verdad, no era un niño robusto, y aquel crudo invierno hacía temer por su salud; quizá por ello, rompiendo las costumbres, se atrasó el bautizo, y sólo cuando fue posible, el 23 de abril del mismo año, Mme. Justina y Nicolás, acompañados por la joven condesa Anna Skarbek y Franciszek Grembecki, llevaron al pequeño a la Parroquia de Brochow y lo bautizaron con los nombres de Federico Francisco 24; el cura Ignacy Marjanski se ocupó de la ceremonia y el párroco Jan Duchnowski redactó y

registró el acta de bautizo. Grembecki representó a Fryderyk Skarbek, como padrino, ya que éste se hallaba ausente.

Situada a once kilómetros de Zelazowa Wola, en un pedazo de la amplia planicie característica de Mazovia, se eleva, a pocos metros del Bzura, la Basílica de San Juan Bautista, que además lleva el nombre de San Roque, pero es más conocida como Parroquia de Brochow, nombre tomado de la localidad que a su vez pertenece al distrito de Sochaczew. Valioso por su historia y antigüedad, este templo fue fundado en 1113 y construido en el siglo XIV; invasiones y guerras destruyeron el templo, que fue reconstruido por última vez luego de la Segunda Guerra Mundial. La preocupación de sus párrocos es la continua restauración de los detalles interiores 26.

Meses después del bautizo de Federico Francisco, se notó un inusitado trajín en la pequeña casa de los Chopin: Mme. Justina volvía a arreglar las habitaciones, pero ahora guardaba los objetos familiares, preparaba la ropa y daba los últimos encargos a las personas que habrían de sustituirla en el castillo. Nicolás no estaba 'menos preocupado: Linde le había recordado la oferta que le hiciera para trabajar en el Liceo de Varsovia, Reiteró su pro- mesa y concluyó por nombrarlo profesor de francés para los cursos inferiores.

La mejora económica que significaba este cambio para la familia Chopin no fue desperdiciada por Nicolás y, seis meses después, en el otoño de 1810, se trasladaban a Varsovia y se alojaban en un pequeño departamento, destinado a los profesores del Liceo, situado en el ala derecha del palacio Sajón.

Ciertamente, el cambio de ambiente y el nivel al que subía, determinaron que Nicolás Chopin no descuidara su labor. Inmediatamente empezó a trabajar, y estableció las principales relaciones a que le obligaba su nuevo empleo. Las cosas se mostraban hartamente diferentes; no tenía aquella libertad, ocho años atrás conseguida en el castillo de Zelazowa Wola; sin embargo, el aprecio que Linde le profesaba, allanó los escollos que tiene todo comienzo y, poco después, le permitía abrir una especie de pensión en la cual podía atender, en forma particular, a los alumnos que él escogía, utilizó para ello su propio departamento.

Los primeros alumnos fueron los dos hijos menores de la ; condesa Skarbek. Posteriormente, por el propio interés de mejorar , económicamente, así como para mantener el rango de destacado y conocido profesor que en poco tiempo había logrado, Nicolás aceptaba con preferencia a los hijos de familias conocidas y de buena posición tanto en lo social como en lo económico.

Como Rector del Liceo, Samuel Linde supo hacer importantes relaciones que, unidas a las que Chopin tenía, pronto elevaron el nivel de aquel establecimiento; empezaron a efectuarse reuniones privadas que, fuera de las horas de trabajo, generalmente en las noches, se llevaban a cabo en el salón de Linde. A ellas asistía, inevitablemente, el nuevo profesor de Lengua y Literatura Francesa.

Gracias a los ingresos producidos por el reciente acomodo de Nicolás, Mme. Justina mejoró notablemente las condiciones de la vida familiar hasta el 9 de julio de 1811, en que nació Isabel y, dos años más tarde, en 1813, Emilia 27.

Cuando las tropas napoleónicas fracasaban en su intento de . ganar el Imperio Zarista, y el Corso regresaba a París "ello de diciembre de 1812, con un frío espantoso, llegaba a Varsovia, en trineo, de riguroso incógnito" 28; Nicolás Chapín era ascendido en su trabajo; empezó a dictar clases en un grado superior, y también entonces fue invitado para la misma cátedra de Lengua y Literatura Francesa en la Escuela de Artillería, de donde pasaría luego a la Academia Militar. Merced a estos cambios, aquél antiguo contador de veinte años hizo suyo el dicho *de une poire pour la soif* 29 y, ocasión que se presentaba, servía para engrosar, aunque fuese un poco, la economía hogareña de Mme. Justina quien ampliaba y mejoraba la situación de los alumnos particulares de su esposo.

No es posible olvidar que la situación política en Polonia, a raíz de la coronación de Aleksander I como rey de Polonia, sufrió grandes variaciones. El Gran Duque Konstanty, hermano del zar, empezó por tomar las cosas con calma, pero con mano férrea, y echó de lado las promesas del zar. Es cierto que la situación de los ciudadanos polacos estaba, sin duda, a merced de la voluntad y de los caprichos de Konstanty; Nicolás Chopin no sólo lo veía, sino que lo sentía en el Liceo, y de ahí su preocupación por el futuro de sus hijos.

Al principio, el gobierno del Gran Duque concedió ligeras libertades a la sociedad, y se permitieron reuniones de familias. Se reiniciaron los grandes bailes acostumbrados en la alta sociedad y, en casa de los Chopin, se agruparon los hombres de artes y letras. Linde no faltaba y, en muchas oportunidades, cuando las obligaciones del hogar se lo permitían, estaba Mme. Justina para hacer un poco de música mientras Nicolás no perdía atención en las conversaciones que derivaban, casi obligadamente, en el tema de la política.

En un ambiente de sencillez, de una familia simple y sin pretensiones que se desenvuelve al ritmo acostumbrado del pueblo, Federico fue creciendo normalmente.

En no pocas oportunidades, los Chopin eran invitados a reuniones que se efectuaban en amplios salones de palacios a los que normalmente tenía acceso Linde; si bien asistían, no por ello parecieron ambicionar más de lo que les era dado por entonces. Hay también algo importante y digno de destacar: el respeto que guardó Nicolás Chopin hacia las ideas y los intereses de los habitantes de su segunda patria. Católico, al igual que Justina, conservaba y hacía conservar las reglas de la Iglesia; sin embargo su principal lectura estaba basada en las obras de Voltaire. No se cansaba de leer *El siglo de Louis XIV*, y, su libro de cabecera parece haber sido el *Diccionario Filosófico*. Aparte de ello, Nicolás leía con atención a sus contemporáneos: Goethe, Schiller, Chateaubriand y frecuentaba a los clásicos: Hornero, Platón, Sófocles, Aristófanos. Era un apasionado de la historia, y en sus conversaciones con Linde hacía comparaciones de las raíces de la lengua polaca con los orígenes griegos. Respetado y querido por cuantos lo conocieron, Nicolás Chopin cumplía con sus deberes en el Liceo; se preocupó, tanto como Justina, de la educación de sus hijos; Luisa, la hija mayor de la familia, empezó a colaborar en la atención de las necesidades familiares; Federico jugaba, ya carrete ando en las habitaciones o confundiendo con los alumnos de su padre; generalmente;

estaba también allí su hermana mayor, y esto hizo que se acostumbrase más a Luisa que a Isabel y Emilia, quienes, por ser más pequeñas, estaban bajo el cuidado directo de la madre. Así, entre Luisa y Federico, el cariño de hermanos se desarrolló con mayor facilidad; se comprendieron de tal manera que pasaban juntos casi todo el día. A veces entraban de puntillas a las clases de su padre, nunca fueron obligados, pero allí estaban. Cada cual admiraba, a su manera, la sabiduría de su padre. Pudieron haberse sentido superiores; sin embargo, se sometieron a la igualdad existente entre aquellos alumnos.

Además de la Lengua Francesa, Nicolás enseñaba materias esenciales en humanidades. Para Luisa, aquello no era tan difícil como para Federico, y si Luisa aprendió pronto el francés y el polaco en sus detalles, Federico apenas aprendía a construir y pronunciar las palabras polacas con corrección, Luisa demostró su inclinación hacia las artes, y entonces Mme. Justina se encargó de enseñarle las primeras notas y luego a manejar los dedos en el teclado. Más adelante, tocaban a cuatro manos. En cambio, Federico, el pequeño Frycek, como empezaron a llamarle en el Liceo, ponía atención en los hechos o palabras que su mente infantil encontraba novedosos e interesantes; no faltaban de por medio las travesuras o los correteos con su hermana Isabel por los jardines del Liceo. Cuando Mme. Justina requería la atención de Luisa en los quehaceres de la casa, Federico escapaba al cuidado materno y, si no se lo encontraba por los jardines o jugando con algún amiguito, alumno de Nicolás, se lo veía asomado al piano contemplando el blanquinegro camino de las teclas: allí se quedaba absorto, retraído en los sueños infantiles, sin comprender aún cómo se le arrancaba sonoridad a aquel instrumento.

Por estos estados sólo propios del mundo infantil, un día Luisa sorprendió a su hermano, acariciando con atención los tallados del mueble; animó a Federico a sentarse sobre sus faldas y le dio libertad para tocar a su antojo. El niño golpeó las teclas; entusiasmado ante los primeros sonidos; siguió día tras día en este ejercicio. Ahora ya no golpeaba y Luisa le enseñaba pacientemente a colocar las manos lo más correctamente posible, como se lo enseñara su madre. Federico empezó a experimentar las primeras emociones íntimas y se sintió ligado a aquel instrumento que, en un principio, pareció un juguete pero que, poco a poco, gracias a la atención que en ello ponía su madre, fue convirtiéndose en algo más complicado. Solía acurrucarse a los pies de su madre, cuando ella tocaba para los invitados o simplemente cuando, ya dormidas las dos hermanas menores, hacía música en la intimidad; Nicolás sacaba su violín y ejecutaba melodías francesas entremezcladas con las polacas que le recordaban los años transcurridos en Zelazowa Wola.

Los primeros años en que el niño despierta ante el mundo que le rodea, todo llama la atención de Federico, especialmente los juegos, y cuando se trata de cosas serias, se refugia en las largas faldas de Luisa; la hora del almuerzo es el momento más fastidioso para Frycek; parecía una obligación para el niño, quien se veía cada vez más delgado y débil. No hubo más remedio que acudir a las atenciones de un médico, y fue el doctor Roemer, a quien se vio continuamente en casa de los Chopin; pócimas y hierbas sobre la mesa formaban parte de la alimentación diaria; aún así, Frycek comía sólo cuando era halagado y mimado, ya sea por su madre o por su hermana mayor; el tiempo hizo que estos mimos femeninos, en los que también tomaban parte sus hermanas Isabel y Emilia, fuesen arraigándose en el corazón del niño. Ciertamente, amaba a su padre tiernamente, pero prefería, en todo caso, refugiarse en su madre o en Luisa.

Buscar mayores detalles sobre la infancia de Federico sólo sirve para encontrar datos normales de un niño que se desarrolla en un hogar espiritualmente maduro. La diferencia estriba en que Federico aprendía, sin proponérselo, parte de las lecciones que daba su padre a los alumnos particulares.

Las horas más felices del pequeño Federico eran cuando se sentaba sobre las rodillas de su madre o las de Luisa para jugar con el teclado del piano o para escuchar las lecciones que ésta ejercitaba. Aprendía rápidamente las breves indicaciones y llegaba a absorber las melodías con tal facilidad que podía repetir las de memoria: "Antes que le ilumine la luz de la razón, le invadía la música" ³⁰, Los progresos fueron prontamente advertidos por su hermana que, un día, optó por dejarlo en manos de su madre quien reforzó con sus conocimientos el tenaz y persistente interés que pusiera Frycek en el conocimiento del piano, sin preocuparse de cuanto pudiese suceder con su salud. Cuando declinaban los rayos del sol, anunciando el atardecer, el primero en asomarse al piano era el pequeño Frycek que esperaba pacientemente a su madre o a Luisa. Cuando cualquiera de las dos se sentaba al instrumento, ningún murmullo, ningún susurro se escuchaba. Al final, desde uno de los rincones, si no a los pies del intérprete, se escuchaban unos suspiros; eran los de Federico, Mme. Justina veía por conveniente acostar al niño antes de tocar el piano, pero, las más de las veces, Frycek aparecía, sin hacerse notar, en cualquier lugar de la habitación; entonces, a los mimos recibidos durante el almuerzo y la cena, se sucedían aquellos con los cuales trataban de hacerle comprender que, efectivamente, la música es muy bella y que "lo más bello es lo más digno de ser amado" ³¹; por lo tanto no había razón para el llanto. Le permitían sentarse al piano, arrancaba en aquella ocasión una continuada serie de notas que muchas veces se repetía una y otra vez, hasta convertirse en un martilleo pertinaz que no conducía sino a que concluyese llorando; y nuevamente Mme. Justina o Luisa se encargaban de retenerlo en las rodillas hasta tranquilizarlo.

Una noche de invierno, los blancos copos de nieve caían suave y silenciosamente sobre las calles de Varsovia, mientras la ciudad dormía. En la casa de Nicolás Chopin, el pequeño Frycek deja el lecho para dirigirse a tocar el clavicordio e interpretar alegremente unas danzas que escuchara a su madre pocas horas antes. Mme. Justina había enseñado a su hijo los secretos del clave cuando éste no había cumplido aún los cinco años, y ahora, faltándole tres meses para cumplir los seis, ejecutaba de memoria, con perfección y corrección esas danzas y otras melodías que, más que los juegos, parecían formar parte mucho más seria de su vida; sin embargo, le interesaba tanto la música como las travesuras que hacía con sus hermanas. Padre y madre se levantaron para ver qué ocurría y quién tocaba el clave. Sentado en el banquillo, sueltos los pies desnudos, Federico se divertía en el teclado. o Mme. Justina se acercó y reclamó su actitud:

...es para poder reemplazar te cuando tú estés cansada 32.

respondió a su madre quien tomándolo en los brazos sólo atinó a calentarle los pies. Este suceso trae a la memoria la escena de Haendel niño cuando estudiaba en un viejo clavicordio del desván de su hogar, o el llanto de Mozart cuando su padre le negó ejecutar el segundo violín de unos tríos de Wenzel 33.

Aparte de una salud precaria, que hacía que cuidaran constantemente, Federico crecía al abrigo hogareño:

Ninguna precocidad en sus facultades" ningún signo precursor de un notable desarrollo" revelaron en estos primeros años una futura superioridad del alma, de espíritu o de talento. Se veía al pequeño ser sufriendo y sonriendo, siempre paciente y alegre, y se apreciaba de modo tan justo su voluntad de no ser caprichoso, ni taciturno, que satisfacía sin duda el aprecio de estas cualidades, creyendo que entregaba su corazón sin reservas y manifestaba el secreto de sus pensamientos 34.

Había, sin embargo, algo más en el carácter del pequeño una inconfundible melancolía que sólo se borraba cuando se sentaba al clavicordio.

La proximidad de las fiestas navideñas empieza a cambiar momentáneamente los hogares de la ciudad de Varsovia, el trajín del comercio se intensifica más que en ninguna otra época del año: en las familias cristianas, se preparan los detalles para la Noche-buena. En casa de los Chopin se seguirán de cerca, como Nicolás 10 había sentido desde la cuna, los ritos cristianos; pero los populares habían variado desde que llegara a Polonia, mucho más cuando se acostumbó a la familia Skarbek. La víspera de Navidad, Mme. Justina, colaborada por Luisa, prepara la cena para la medianoche, Isabel y Federico están a la espera de la llegada de su padre, él debe llegar con los regalos y preocuparse de los detalles que harán la alegría del hogar durante la noche.

Apenas pasaron unas horas cuando, como en años anteriores, Nicolás y Justina, rodeados de sus hijos, se reunieron para contemplar el firmamento a la espera de la aparición de la primera estrella; una vez descubierta —su destello simboliza para los polacos el inicio de la Navidad—, se miraron gozosos y con una sensación de inmensa alegría, ingresaron al salón donde estaba ya preparada la mesa cubierta con un mantel blanco, bajo el cual Luisa cuidó de esparcir el heno, representación de la cuna del Divino Redentor. En las esquinas del salón comedor, se destacaban estrellas de color suspendidas por hilillos en el claroscuro del cielo raso; más allá, en el rincón preferido, entre la ventana y la chimenea, se distinguía una pequeña cuna, hecha también de paja y, en lo alto, una estrella más grande que las demás, recordando la de Belén.

Los pequeños recipientes de cristal con cera, a manera de velas, con adornos navideños chisporroteaban en el salón cuando apareció Mme. Justina llevando entre las manos una pequeña bandeja que sostenía una oblea grande, hecha de masa blanca y delgada, como una hostia, en la que se destacaban en relieve, episodios de la vida de Jesús desde su nacimiento. No sin ceremonia, Nicolás tomó la oblea y la partió con su esposa, luego abrazó a ésta deseándole salud, amor y eterna unión y ambos, hicieron lo mismo con cada uno de sus hijos.

No hay familia que no recuerde con añoranza la noche de Navidad. Después de los abrazos y deseos de paz y buena ventura, Nicolás se sentó a la cabecera de la mesa. Sobre el mantel blanco que cubría el heno, resaltaban, en el centro de la mesa, fuentes llenas de golosinas como el *mak* 35, el *piernik* 36 Y el *strudla* 37; no faltaban los rojos frutos del *zurawina* 38. Y en esta misma mesa, cubierta de apetecibles bocados, había siempre dispuesto un cubierto para un posible visitante o viajero imprevisto. —En esto, el polaco se parece en mucho al griego, cultor de la hospitalidad que merecen sus semejantes—. En Polonia subsiste esta costumbre, en las grandes festividades.

Concluida la cena, pasaron a la habitación contigua. Mrne. Justina se sentó al clavicordio y con voz suave y alegre, todos cantaron villancicos; *Jesús yace en el pesebre*, o bien *Duerme Niño Jesús*. Poco a poco, la algazara llenó la casa y se sucedieron los cantos a los que se plegaba la servidumbre. Llegada la medianoche después de dejar en cama a los niños menores, Isabel y Emilia, los demás fueron a misa; casi siempre iban al templo de las Visitadoras, por quedar les más cercano. Al igual que en los otros templos católicos, en el de las Visitadoras, bajo el signo del respeto, reinaba la alegría. A un costado del altar mayor, se veía el pesebre adornado con pequeñas estatuillas que representan los detalles del nacimiento de Jesús. El fervor del creyente polaco ha contribuido y aún contribuye al mantenimiento de la parroquia y las necesidades de su párroco.